

¿TIEMPO O ETERNIDAD?

por JORGE ESTRELLA
Editorial Dolmen.
Santiago, 1994

RE El profesor Estrella es un filósofo de gran alcurnia en los medios universitarios que imparte la cátedra de Filosofía de las Ciencias en los programas de pre y postgrado del Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. La obra que comentamos refleja una toma de posición vigorosa del momento actual de las ciencias y expone, además, su lealtad a los grandes contenidos filosóficos.

Este libro plantea una filosofía desde la ciencia. En la presentación se contienen dos de las tesis sobre las que abundará la obra: el conservadurismo que caracteriza la práctica profesional de la filosofía en las universidades y el enroque de misiones entre la filosofía y la ciencia. Expresa claramente que “las propuestas humanísticas presentan, con frecuencia, un aire envejecido de simplificación, de trivialización del mundo y del hombre; en tanto que la ciencia, nacida desde modestos propósitos, está dando saltos gigantescos hacia concepciones globales” (p. 7 y 30).

Al preguntar por el saber y el saber qué hacer, siguiendo la línea de Popper, defiende una historia abierta e indeterminada, diríamos libre, en contra de las ataduras de un orden objetivo en el que el universo humano “se cierra sobre su propia naturaleza” (p. 17).

Defensor empedernido de la libertad, somete a crítica los derechos naturales, tesis que, en su opinión, se ha tornado grata a las versiones totales y naturalistas, por lo que el profesor Estrella no acepta que desde ellas se intente “emparejar los comportamientos humanos en función de algún valor privilegiado” (p.24). Para él lo totalitario es negativo, venga de donde venga. Los derechos humanos encausan un totalitarismo, ergo, son negativos. El argumento, por cierto, a pesar de la novedad que contiene, no convence del todo, no por la crítica a los conceptos totalitarios en la que su posición parece muy justificada, sino porque en estos derechos la tendencia que se impone en la actualidad es el respeto más absoluto a la persona humana.

En los nuevos procesos de la cultura advierte el profesor Estrella una aceleración del tiempo en los desarrollos del siglo XX y en la evolución de las técnicas. Piensa en la condición especial de la existencia, de la que la ciencia ofrece una visión elevada (p. 31),

lo que le hace decir con justificada razón que el antiguo asombro de la alborada griega se percibe hoy “en los bordes de la ciencia” (p. 34).

Señala que el ascenso intelectual va desde los hechos a la formulación de leyes y teorías sobre la realidad, y el descenso, de carácter deductivo, se mueve desde aquellas a las consecuencias que involucran fenómenos (p. 36), pero observa las dificultades que se presentan pues las teorías manejan usualmente conceptos que resultan inobservables (p. 39). En el trabajo propiamente epistemológico se pregunta por los alcances en la construcción de programas para que un observador “descubra leyes y formule teorías” (p. 36), antecedente que le da oportunidad para conjeturar si las computadoras piensan efectivamente como tanto se plantea en la actualidad.

Entre las certidumbres legadas por el siglo XIX observa ciertas incompatibilidades. En efecto, el evolucionismo de signo positivo, la entropía de signo negativo y el principio de identidad de lo real (nada se crea, nada se destruye) tienen entre ellos algo de inconciliable.

Le interesa la irreversibilidad del tiempo y de los fenómenos, la visión de un mundo histórico y la inestabilidad de los sistemas dinámicos. Piensa que hay un orden que nace del caos y cita al efecto a Prygonine “los procesos parecen remitir a un todo que, sin embargo, no les preexiste” (p. 45). La explosión entrópica original induce a la pregunta metafísica por excelencia (p. 46).

Se pregunta por el gran círculo en el que se involucran el tiempo, el espacio y la matemática. Del puré indiferenciado surgen los átomos simples y luego los más complejos, necesarios en el montaje de las moléculas mayores complejas que hace posible el surgimiento de la vida y de ésta al cerebro humano. En esta contexto las matemáticas “parecen preexistir al universo para organizarlo, y al mismo tiempo ser fruto de la evolución de dicho universo” (p. 50).

En el capítulo final titulado “Filosofía desde la ciencia” retoma el tema central sobre el abandono que la filosofía ha hecho de los grandes temas. Destaca con énfasis “¡Que distancia desde la gran tradición filosófica de Aristóteles a Kant!” (p. 77). Se guía en su análisis por la obra de Stephen Hawking, matemático y físico inglés que hoy ocupa la cátedra de Newton en Cambridge (*A brief history of time. From the big bang to black holes*, traducido al castellano bajo el título *Historia del Tiempo*). Allí se plantean los grandes temas que con insistencia reclama el profesor Estrella, por ejemplo, ¿de dónde surge el universo? ¿tuvo un principio? ¿cuál es la naturaleza del tiempo?, etc.

Esto le da ocasión para plantear las rarezas e incertidumbres que destaca el autor británico: la inversión en la dirección del tiempo, el comportamiento de los electrones, las simetrías independientes (leyes físicas idénticas para partículas y antipartículas, generalidad en la aplicación de las leyes, la inversión en la dirección del movimiento, etc.). Examina con más detalle determinadas propiedades de las partículas subatómicas. Ejemplifica estos fenómenos sorprendentes con el curioso comportamiento de una cualidad de las partículas llamada espín.

En suma, un libro encantador que interesa y llama la atención. Se tiene la impresión

de que aunque nuestro filósofo demanda y hace perentoria la necesidad de la pregunta metafísica, al final el autor la deja un tanto de lado, quizás por las mismas razones que indica a lo largo de su obra. En todo caso de su lectura queda en claro la conveniencia de reformularla precisamente con ocasión de los nuevos antecedentes que él mismo proporciona. Sin ninguna pretensión teórica se coloca en una posición filosófica valiosa, de fondo perdurable, sobre la que hay que meditar en los tiempos que corren. Sería oportuno preguntarse si estos mismos hallazgos, ya sean identidades, simetrías, rarezas o incertidumbres, no serían, otra vez, las manifestaciones del ser que vuelve a hacerse presente en esta perspectiva más atendible a los desarrollos de la ciencia. El autor no se pronuncia sobre el particular, está demasiado interesado en los enfoques de la ciencia y en ello reside, en gran medida, el encanto de sus pensamientos.

FERNANDO VALENZUELA ERAZO